

ELIAH GREENWOOD

ARRIÉSGATE

parece que te
debo una confesión,
¿verdad?

En el fondo,
me aterra no ser
nunca suficiente...

Amor, TE ODIÓ

¿Qué es lo peor
que has hecho
en tu vida?

¿DÓNDE TE
HAS METIDO?
¿Mi última confesión
te ha asustado?

¿Nos escribimos
luego?

CROSS
BOOKS

Todo empezó con
una carta anónima

ELIAH GREENWOOD

Amor,
TE ODIÓ

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Dear Love, I Hate You*
© del texto: Eliah Greenwood, 2021

© de la traducción: Ana Navalón, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Citas del interior:
Página 329: DICKINSON, Emily, *Una ardiente bruma: antología de Emily Dickinson*, traductor: LORENZO OLIVÁN, Zaragoza, Luis Vives, 2023.

Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-29815-1
Depósito legal: B. 521-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



—¿Aveena Harper D'Amour? —grita por encima del caos el señor Lowen, el profesor de Matemáticas que tendrá unos sesenta años. Siento una punzada de lástima por él... Nadie dijo nunca que pasar lista en medio de una tormenta embravecida fuera fácil.

—¡Presente! —grito una vez.

Dos veces.

Tres veces.

«No hay suerte».

El señor Lowen me encuentra entre la multitud un minuto después, hace un gesto con la cabeza a modo de reconocimiento y se acerca la lista para indicar que estoy presente. ¿Cómo he llegado hasta aquí?, te preguntarás. ¿Bajo una lluvia torrencial? ¿Congelándome hasta el alma en el patio delantero de la escuela con todo el cuerpo de estudiantes del Instituto Easton?

No tengo ni puta idea.

—¡Vee, gracias a Dios!

Alguien me tira de la manga y hace que me gire tan rápido que me tambaleo. Tardo más de un segundo en enderezarme y reconocer a mi mejor amiga, Diamond, entre el torrente de agua. Está empapada de la cabeza a los pies, sus característicos rizos negros están tan rectos como una flecha.

—¡Te he estado buscando por todas partes! —escupe Dia

mientras me atrapa en un abrazo tan fuerte que me deja sin oxígeno.

Matemáticas es la única asignatura en la que no coincidimos, así que por supuesto que tenía que ser entonces cuando evacuaran a todo el colegio.

—¿Qué demonios está pasando? Los profes no nos cuentan nada. —Me aparto de ella—. ¿De verdad ha habido un incendio?

—Tiene que ser eso. —Se encoje de hombros—. ¿Por qué si no iba a saltar la alarma de incendios?

Asiento con la cabeza y escaneo el pequeño edificio del Instituto Easton para ver si hay algún indicio de fuego. No encuentro nada: ni humo, ni olor a fuego, nada a lo que echarle la culpa.

Un trueno retumba en la distancia y yo grito y me agarro al brazo de mi mejor amiga como una gallina. El cielo está oscuro, una pesadilla nublada, es el modo que tiene la madre naturaleza de avisarnos de que esto no ha hecho más que empezar.

—¿Crees que es un simulacro? —le pregunto a Dia.

Un resoplido burlón impide que mi amiga responda. Las dos volvemos la cabeza y vemos a Theodore Cox, despeinado y empapado. Le llaman Theo y te aconsejo que nunca uses su nombre entero.

Muerde.

Theo, como muchos otros jugadores de baloncesto, es el típico gilipollas ingenioso y popular. Ya sabes, del tipo «es más guapo de lo que se merece». Es alto, arrogante, desconoce el concepto de equivocarse y, para mi enorme miseria..., es alguien con quien tengo que pasar tiempo todos los días.

—¿Hay algo que quieras compartir con la clase, Cox? —Dia suspira.

—Ni de coña es un simulacro —resopla Theo—. Ya hicimos uno el año pasado. Además, no lo harían cuando el mundo se está acabando. —Theo hace gestos para que miremos a nuestro alrededor.

Y eso es lo que hago.

El patio delantero está abarrotado de estudiantes.

Estamos todos helados.

Empapados de la cabeza a los pies.

«El muy idiota tiene razón».

No harían un simulacro de incendio en medio del apocalipsis. Y, por muy loco que pueda sonar, tampoco es que Theodore Cox esté privado del todo de sus funciones cerebrales.

Verás, me pasé muchos años asumiendo que los deportistas tenían la misma inteligencia que un felpudo y estaba más que feliz de ceñirme al prototipo. Entonces, mi mejor amiga fue y se pilló de uno de estos chicos guais...

Finley Richards. Jugador estrella de baloncesto, infame ligón y, últimamente, la peor decisión de Dia, pero también su favorita. Conclusión: que quedamos mucho con el grupito de Finn. ¿Qué? Dia es mi única amiga, así que es eso o comer sola hasta que me gradúe.

Todo empezó el verano pasado cuando Dia consiguió trabajo cuidando la casa de los Richards. El padre de Finn está podrido de dinero y se pasa todos los veranos en Santa Mónica y no se fiaba ni un ápice de que su hijo cuidara la casa... ¿he dicho casa? Quería decir casoplón.

El chico de oro no se tomó muy bien la falta de fe de su padre y desató su ira sobre Dia. Hizo que su vida fuera un infierno, cruzó todos los límites imaginables para hacer que renunciara al trabajo, pero ella estaba decidida a aguantar hasta el final.

En resumen, se odiaban el uno al otro.

Hasta que... sus genitales no.

Así empezó la relación de amor-odio más confusa que jamás haya existido. ¿Por qué? Porque Dia y Finn no están saliendo juntos. En realidad, no. Les gusta decir que son amigos con derechos, pero cualquiera con media neurona sabe que eso es un montón de mierda. Todo lo que hacen las parejas, ellos también lo hacen. Sexo, demostraciones públicas de afecto, ponerse apodos que dan asco.

La lista es infinita.

Es más que obvio que están pilladísimos, pero nunca los oirás referirse el uno al otro como novio y novia. Si quieres saber mi opinión, esa relación que se empeñan en llamar casual no es más que un desastre enorme a punto de ocurrir.

Dos camiones con el letrero de PARQUE DE BOMBEROS DE SILVER SPRINGS y un coche de policía aparecen en el patio del colegio antes de que Dia y Theo puedan seguir discutiendo.

—¿Eso será para el simulacro, chica de Finn? —dice Theo con sarcasmo.

—Cierra el pico, Cox —refunfuña Dia. Se agarra un puñado del pelo negro y rizado y se escurre el agua. El diluvio se ha convertido en llovizna. Ya era hora. No sé cuánto tiempo más nos habría dejado bajo la lluvia torrencial.

—Hablando del rey de Roma, ¿dónde está Finn? —Dia se pone de puntillas para buscar a su no novio.

Tiene razón. Debería estar aquí ya... estos dos son como imanes. Además, los críos habrán tardado un máximo de cinco minutos en desobedecer a los profes e ir a buscar a sus amigos.

—¿Por qué tendría que saber yo dónde está tu novio? —dice Theo arrastrando las palabras cuando su móvil le notifica que ha recibido un mensaje. Se lo saca del bolsillo y se le cae la mandíbula cuando lee la pantalla—. Tiene que ser de coña.

—¿Qué? —pregunta Dia.

—Hijos de puta tarados. Lo han hecho de verdad —dice, más para sí mismo que para nosotras.

—¿De qué coño estás hablando? —insiste Dia.

—Es que... —Theo deja de hablar de repente y le lanza una mirada asesina a algo que está a lo lejos. Y no es solo él. Todos los estudiantes se han quedado callados.

Dia y yo seguimos la mirada de Theo hasta la entrada principal del colegio, en concreto a dos imbéciles de algo más de metro ochenta a quienes el *sheriff* está escoltando fuera del edificio.

La primera persona que veo es Finn.

Luego lo veo a él.

Xavier Emery.

Es casi el hermano de Finn... Son mejores amigos, pero son como familia. Si es que llevan hasta cadenas a juego, literal. Xavier es muchas cosas: popular, capitán del equipo de baloncesto, tan guapo que casi duele, pero ¿para mí? Es el crío gilipollas que me cortó una coleta cuando éramos pequeños.

Dia se vuelve loca.

—Cox, ayúdame, por Dios. Si no me dices ahora mismo lo que está pasando, te...

—Tranqui... —cede Theo—. Ayer, después del entrenamiento, los escuché hablar sobre una broma. Creía que era solo conversación de vestuario. No pensaba que fueran en serio.

¿Por eso nos han evacuado?

¿Porque los jugadores estrella del equipo de baloncesto han hecho una broma?

¿Qué pueden haber hecho que sea tan fuerte como para que suene la alarma de incendios y evacúen a todo el colegio?

—¿Qué tipo de broma? —A Dia le tiembla la voz de la preocupación.

Theo se encoge de hombros.

—Creo que tenía algo que ver con bombas fétidas.

Dia cierra los ojos con fuerza y suelta un largo suspiro de exasperación. Lo peor es que ni siquiera parece sorprendida. Finn Richards siempre se ha metido en líos.

Es un crío impulsivo e imprudente al que ya habrían expulsado hace muchas lunas si no fuera por su padre. Pero, oye, ¿qué remedio hay? El Instituto Easton necesita financiación y, al igual que Xavier, Finn es uno de los jugadores más preciados para el equipo, así que miran para otro lado cuando se trata de su comportamiento.

Desde un punto de vista objetivo, lo de Finn es obvio. Para mí lo que no tiene sentido es lo de Xavier. El tío ni siquiera ha respirado mal desde primero, ¿cómo participa en una broma de este tipo? No lo entiendo.

—Espera, ¿no está prohibido tirar bombas fétidas? —Me doy cuenta.

—Por supuesto. Dios, ¿es que son lerdos? Esto podría costarles el resto de la temporada. —Theo chasquea la lengua.

Vuelvo a centrar la atención en los chicos. Finn parece darse cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo cuando ve a seiscientos alumnos de pie bajo la lluvia. Mientras tanto, Xavier no muestra ningún signo de que le importe una mierda.

Ni una.

Lo digo por los hombros caídos, por el modo en que mira a la muchedumbre con aburrimiento. Incluso su forma de an-

dar parece una declaración de intenciones. Si no los conociera, diría que Xavier y Finn se han cambiado de cuerpo en lo que sería la peor adaptación del mundo de *Ponte en mi lugar*.

Un agente de policía aparta a la directora Emery... sí, la madre de Xavier es la directora. Puede que esto también te resulte útil, ¿sabes cuál es la guinda del pastel? El padre de Xavier también trabaja en el Instituto Easton. Es nuestro profesor de Educación Física. Al que nos encanta odiar.

Entiendo que Silver Springs es un pueblo pequeño y todo eso, pero al menos podrían haber intentado diversificar.

Los polis le dicen a la directora algo que no podemos oír, a lo que ella responde con un asentimiento de cabeza que quiere decir: «Hagan lo que tengan que hacer». Y esa es la señal que estaba esperando el universo para tirarnos encima el océano Pacífico.

La lluvia vuelve a intensificarse, más fuerte que hace unos minutos, y no puedo evitar mirar a los dos tontos muy tontos mientras los arrastran hacia los coches de policía.

¿Te acuerdas de cuando he dicho que Xavier Emery es tan guapo que casi duele? La pinta que tiene ahora mismo... a eso me refería. Incluso empapado, a punto de que lo metan en el asiento trasero de un coche de policía, con la camiseta pegada todo lo posible a su cuerpo duro y esculpido y el pelo castaño chorreándole por la frente, es el sueño húmedo de cualquier chica... en todos los sentidos.

Lo admito, el tío era un mamón cuando desapareció de mi vida a los ocho años, pero tengo derecho a apreciar a este Adonis de ojos azules como cualquier otra.

—Nunca nos aburrimos en Silver Springs, ¿eh? —comenta Theo mientras meten a Xavier y Finn en los coches y se largan a toda hostia—. Chaval, espero que esto signifique que mañana tendremos el día libre. Ni siquiera he empezado con la redacción de la señora Callahan.

Sus palabras me recuerdan algo importante.

Este año estoy trabajando en la biblioteca del colegio —que, como dato curioso, también es la biblioteca pública de Silver Springs—, y ayer tuve turno antes de ir a recoger a mi hermana de las clases de canto.

Acabé escribiéndole una carta estúpida a mi profesora de Lengua para desahogarme. Esta mañana no he encontrado el libro de poesía en la mochila.

«¿Me lo dejé allí?».

Me dejé el libro en la biblioteca.

Con la carta dentro.

«Por el amor de Dios, Vee, ¿puedes ser más tonta?».

Una cosa es tener un día de mierda y tomarla con la toca-pelotas de tu profesora en una carta llena de odio. Y otra muy diferente es ser tan estúpida como para dejarte la carta en la biblioteca para que cualquiera la encuentre.

Ya lo puedo ver. El colegio llamando a mi madre para informarla de que su hija menos favorita ha sido expulsada por, y cito textualmente: «Acusar a su profesora de bañarse en fuego del infierno».

La voz de mi padre resuena en mi cabeza antes de que el pánico se apodere de mí.

«Tranquila, respira y encuentra el lado positivo».

Bueno, tampoco es tan malo que haya dejado la carta dentro de un libro viejo y polvoriento que nadie ha cogido en unos diez años. Con toda probabilidad, yo ya habré terminado la universidad y tendré hijos cuando alguien se entere. Y aunque alguien se tope con ella, ¿cómo podrían rastrearla hasta mí?

«Mierda, creo que nombré a mi hermana, el genio musical. Y mi posible beca».

Vale, quizá me localizan si se ponen a investigar. Pero eso no va a suceder. No voy a dejar que pase. El señor Lowen nos dice que tenemos el resto del día libre y Xavier Emery desaparece de mis pensamientos.

En mi mente solo hay una idea.

Una misión.

Un plan.

«Tengo que echarle el guante a esa carta antes de que lo haga otra persona».



—¿Esa mierda de cerebro que tenéis vosotros dos os da para ser conscientes de lo que acabáis de hacer? —Hank, el padre de Finn, habla con los dientes apretados y esa voz baja como un susurro que acojona diez veces más que cuando te grita en la cara.

Debería estar temblando, reflexionando sobre mis «acciones inmaduras e imprudentes», según las palabras de Hank. Aún mejor, debería estar intentando que se me ocurra una excusa para justificar lo que he hecho, pero lo único en lo que puedo pensar mientras el hombre que considero mi segundo padre me echa la bronca es...

«Tío, pedazo de vena que tiene en la frente».

¿Siempre ha sido así de grande?

Está tan cabreado que parece que está a punto de estallarle.

¿Qué tan mal está si quiero que ocurra?

«Por favor, vena, explota».

Una parte de mí esperaba que el *sheriff* Daniel solo nos hubiera llevado a la comisaría para guardar las apariencias. Después de todo, me he pasado años viendo a Finn haciendo bromas de este estilo y salir indemne con poco más que una advertencia. Mis esperanzas se las llevó el viento cuando nos metieron como delincuentes en una sala de interrogatorios y nos dijeron que nos sentáramos. Entonces el *sheriff* y el padre

de Finn se empezaron a turnar para gritarnos durante tres horas.

—¿Xav? —insiste Hank.

Vuelvo a la realidad.

—¿Mm?

—¿Estás esperando a que las ranas críen pelo? Responde a la puta pregunta.

Mierda.

«Nota mental: a lo mejor quieres intentar escuchar a la gente cuando habla».

—Eh...

Finn me interrumpe:

—No, claro que no se nos ocurrió que iban a evacuar el colegio, papá. Solo era una bomba fétida de nada.

Miro a mi mejor amigo a los ojos.

Finn dibuja una sonrisilla de suficiencia.

«Gracias por salvarme el cuello, carapolla».

—Ay, llora todo lo quieras. Esa bomba fétida de nada olía tan mal que vuestra pobre profesora creyó que era un escape de gas. —Hank dibuja unas comillas en el aire cuando reproduce las mismas palabras que ha dicho mi amigo—. Sabíais lo que estabais haciendo. Finley. ¿No lo entendéis? Estáis de mierda hasta el cuello. Y no sé si esta vez podré sacaros de esta. —Hank respira hondo para tranquilizarse—. ¿Qué os parece una expulsión de tres semanas, eh? ¿Y si no jugáis al baloncesto en todo el año? ¿Y si no vais al baile de graduación? Espero que no estuvierais pensando en ir, porque por nada del mundo iréis.

Indefenso, Finn cierra el pico y se desmorona en la silla. Siendo justos, aunque en esa clase olía a algo muerto, no tengo ni idea de cómo es posible que la profesora sustituta confundiera el olor a basura caliente y pedo con gas.

Yo estaba sentado al fondo de la clase y activé la bomba fétida cuando la señora salió un ratito. Ella entró en pánico en cuanto empezó a oler y avisó a administración por el telefonillo de que había un «olor tóxico y asqueroso».

Activaron la alarma de incendios y nos sacaron del edificio en tiempo récord. Tiene sentido, no podían poner en juego

la seguridad de tantos alumnos. ¿Y si de verdad hubiera habido un escape?

Sigo sin creermelo que nos hayan pillado tan rápido.

Todo gracias a su presunto vídeo.

Es lo primero que dijeron cuando vinieron a sacarnos a Finn y a mí de entre la muchedumbre cuando todo el colegio estaba ya fuera. Nos soltaron un: «Ni os molestéis, lo tenemos en vídeo. Estáis jodidos», antes de arrastrarnos de nuevo adentro para esperar a la poli.

No tengo ni idea de cómo consiguieron grabarlo en una clase que no tiene cámaras de seguridad, pero ahora mismo no puedo pensar en eso.

—Tienes que aprender a pensar antes de actuar, hijo. —Hank le da un golpecito a Finn en la frente, como si estuviera asegurándose de que dentro hay un cerebro—. Que pienses, joder.

Recuerdo que cuando era pequeño me parecía muy guay que Hank dijera palabrotas. Por eso le prestaba atención cuando hablaba. Y, créeme, eso significa mucho viniendo de alguien que tiene una capacidad de atención de dos segundos. Luego fue cuando ocurrió el accidente y empezó a decir la palabra con jota cada dos palabras.

Al final, acabó perdiendo impacto.

Pero, bueno... yo también maldeciría si hubiera perdido al amor de mi vida.

—En cuanto a ti. —La mirada de Hank me penetra el cráneo—. Considérate afortunado ya que es la primera vez que te metes en estas mierdas. —Mira a Finn—. A diferencia de alguien..., tú deberías poder terminar la temporada. Quizá solo te castigan un par de semanas. Pero solo es porque tenemos al *sheriff* de nuestra parte. Si vosotros dos, payasos, fuerais otros críos cualesquiera, os enfrentaríais a unos putos cargos criminales ahora mismo, ¿lo entendéis?

Finn y yo asentimos con la cabeza. Mi mejor amigo tiene cara de arrepentimiento. Para él, esto es una verdadera tortura. El baloncesto es nuestra razón de vivir. Y sé las ganas que tenía de ser capitán del equipo.

Se pasó días sin sonreír cuando me dieron el puesto a mí.

«Ay, mierda, no puedo permitir que le hagan esto».

—Él no ha tenido nada que ver —suelto.

Hank no dice ni una palabra durante los segundos más largos del mundo, sigue con los brazos cruzados. Sé que no se lo traga ni por un segundo, pero si existe la mínima posibilidad de que yo pueda salvar el último curso de su hijo, tiene que escucharme.

Finn me mira con los ojos desorbitados.

—Xav, ¿qué estás...?

—Déjalo que hable, hijo. —Hank me hace un gesto con la barbilla para que siga adelante.

—Él no ha participado. Se me ocurrió a mí. Fui yo quien llevé esa tontería al colegio. Yo la activé. Todo lo hice yo —miento.

—Buen intento, pero he visto el vídeo. Qué demonios, me apuesto lo que sea a que en estos momentos ya lo ha visto todo el colegio. Le enseñaste la bomba fétida que llevabas en la mochila un minuto antes de lanzarla.

Me trago las ganas de preguntarle sobre el maldito vídeo al que no hacen más que referirse.

«Ahora no es el momento, Xav».

—Exacto, se la enseñé. ¿Acaso eso demuestra algo? No significa que lo supiera de antemano. Ni que estuviera implicado de alguna forma.

En respuesta, Hank empieza a caminar alrededor de la estancia, se frota la sien como si de verdad creyera que eso le ayudará a pensar con más claridad. Cinco dolorosos segundos después, lo dice:

—No te creo.

«Al menos intenté hacerme el héroe».

—No es propio de ti, Xav. Eres un buen chico. Hace dieciocho años que te conozco y ni una sola vez has dejado que mi hijo te convenza de sus malas ideas, así que no, no me creo que llevaras a cabo todo esto tú solito.

Derrotado, me miro los pies.

—Pero... —Hank sigue hablando, cosa que me sorprende. Levanto la cabeza—. Si esa es la historia que quieres mantener, si quieres cargar con la culpa para salvar a tu colega, no puedo impedírtelo.

Miro a Finn por el rabillo del ojo. Por primera vez en toda su vida, no ha sido la mente pensante que se escondía tras una broma. Puede que haya mentido un poco cuando he dicho que él no tenía nada que ver, pero esta parte sí que es cierta: fue idea mía. Mía. Fui yo el que lo convencí de que lo hiciera.

—No lo estoy encubriendo. Es lo que pasó.

Casi puedo ver el peso del mundo levantándose de los hombros de Finn cuando las palabras se me escapan de la boca.

—Si tú lo dices... —Hank asiente con la cabeza, una sonrisa casi se le dibuja en los labios.

Lo leo como si fuera un libro abierto.

Eso es un gracias.

—Está bien. Informaremos al colegio de esto, que ellos se encarguen del castigo. El *sheriff* quiere volver a hablar con vosotros y luego podréis largaros. —Hank camina hacia la puerta, pero unos segundos antes de salir de la estancia, se detiene y me mira por encima del hombro—. Solo tengo una pregunta.

Espero a que me la haga.

—¿Por qué ahora? —quiere saber.

—No te entiendo —respondo.

—¿Por qué te comportas así de repente? Tú no eres así, chaval.

«Si te lo dijera, nunca me volverías a mirar del mismo modo».

—Por nada.

—¿En qué narices estabas pensando? —estalla mi madre. La voz le suena como si alguien estuviera arañando una pizarra.

«Cállate. Que te calles».

—¡Xavier Emery! ¡Te estoy hablando! —grita.

Ni siquiera parpadeo.

Si cree que va a conseguir algo diciendo mi nombre completo va a tener que replanteárselo. Me hundo aún más en el asiento del copiloto mientras observo pasar por la ventanilla del coche la única ciudad que he conocido.

La tía lleva avasallándome a preguntas desde que me ha

recogido en frente de la comisaría de policía hace treinta minutos. No le he respondido ni una sola vez, pero es más que obvio que rendirse no forma parte de su vocabulario.

Entre nosotros... Tampoco está muy familiarizada con el término *fidelidad*.

—Xavier, ¿me estás escuchado? —Se está impacientando.

—Te he oído —digo con hastío.

Satisfecha, sigue gritando.

—¿Acaso eres consciente de la suerte que tienes de que Hank sea muy amigo del *sheriff* Daniel? Es la única razón, y me refiero a la única razón, por la que has podido librarte hoy. Lo máximo que habría conseguido yo hubiera sido suplicarle al *sheriff* que no te pusiera cargos.

Suelto una carcajada.

«Bueno, estoy seguro de que no habría sido la primera vez que te ponías de rodillas delante de un hombre esta semana, ¿verdad, mamá?».

—Te dije que ese tal Finn era una mala influencia. Igual que su hermano mayor. —Se mira en el espejo retrovisor cuando nos paramos en un semáforo en rojo, se quita un poquito de pintalabios de la boca con el índice—. Me da igual cuánto tiempo haga que os conocéis. O que tu padre y el suyo sean viejos amigos. Esa familia es problemática. Me gustaría que los dos dejarais de relacionaros con esa gente.

Me muerdo la lengua con tanta fuerza para no hablar que me hago sangre. Un sabor metálico me llena la boca y cierro el puño en un intento de no abrir la puerta con un golpe y saltar del coche.

«No tienes ni idea, ¿verdad? Sé lo que hiciste. Lo sé todo».

La pregunta de Hank me ha estado reconcomiendo desde que he salido de la comisaría. «¿Por qué te comportas así de repente? Tú no eres así». Quizá, de manera inconsciente, me he convencido a mí mismo de que armarla gorda en el lugar donde trabaja mi madre era la mejor idea del mundo para vengarme de ella.

Para hacerle daño por lo que vi.

Pero entonces... ¿por qué sigo teniendo ganas de darle un puñetazo al parabrisas? ¿Por qué no puedo soportar la idea de

mirar a mi padre a los ojos? ¿Y por qué, joder, por qué soy incapaz de contarle todo a él?

Mamá intenta hablar de nimiedades durante cinco minutos más antes de pillar la indirecta. No pasa nada destacable durante el resto del camino a casa, salvo que me llega un mensaje de Finn justo cuando aparcamos en la puerta del garaje.

Finn: Gracias por lo que has hecho, tío.

Te debo una. Ah, por cierto, te aviso...

A lo mejor quieres echarle un ojo a la historia que ha subido tu novia a Snapchat.